



Marcelino Oreja

“La Real Academia de Ciencias Morales y Políticas”

Mariano Turiel hizo la presentación del ponente, Marcelino Oreja, quien quiso “agradecer la iniciativa del Casino de dar voz a las Reales Academias”.

“La academia no es un centro de estudios, no es un instituto de investigación, es sobre todo un centro de diálogo donde se hablan y se escucha, donde se produce el encuentro entre personas que han tenido una experiencia similar y una forma de racionalidad cultural que se alcanza con la madurez que da la edad, con el conocimiento que se adquiere con la práctica profesional y la experiencia, y que tiene en cuenta la fragilidad humana y los límites de la razón”

Marcelino Oreja se refirió a la Academia como “un lugar de diálogo. Todos los martes nos reunimos de manera informal; a las siete en punto comienza la sesión en la que escuchamos a algunos de nuestros colegas que, durante 45 minutos, desarrollan un tema que es el objeto de preguntas y respuestas”.

“Pertenezco a la Academia desde hace 12 años, desde entonces he descubierto en ella la importancia de escuchar, que para mí es un acto de apertura y de franqueza para con el otro, es identificar y reconocer a los demás, dejarles entrar en el espacio de mi propio yo. Tras el acto de escuchar, mi yo se enriquece al fundirse con el ser del otro”.

El primer intento de crear una Academia de Ciencias Morales y Políticas en España se remonta a 1822, D. Ramón Feliu, por entonces Ministro de la Gobernación, fue el impulsor del proyecto “destinado a crear un órgano capaz de poner luz en el panorama político del trienio liberal, para ello se citaría a los hombres más ilustrados y a las personalidades políticas más relevantes de la Corte de 1812, 1813 y 1823. Pero, con la vuelta del absolutismo en octubre de 1823, duró poco”.

En 1855 nació el Ateneo Científico y Literario de Madrid, articulado en cuatro secciones, una de las cuales estaba dedicada a las Ciencias Morales y Políticas. Dos años después, el 30 de septiembre de 1857, nació, por Real Decreto, la Real Academia de las Ciencias Morales y Políticas.

Marcelino Oreja quiso glosar brevemente la figura del Marqués de Pidal, primer Presidente de



la Academia. “Resolvió varios contenciosos, entre ellos la polémica desamortización de la Iglesia”.

Comenzaba así la vida de la nueva Academia. “Por entonces —dijo el ponente—, las Ciencias Morales y Políticas, se postulaban como herramientas eficaces para el desarrollo social. Como apoyatura para el progreso material, pero también moral”.

La etapa inicial de la Academia, coincidiría con la última década de reinado isabelino. Se le otorgaron 60.000 reales de dotación extraordinaria para gastos de instalación y 20.000 más para la adquisición de libros. Las primeras reuniones tuvieron lugar en la Casa de la Panadería. Las condiciones un tanto precarias, y la ocupación de muchos de sus miembros, hicieron que las sesiones de los primeros tres años fueran poco concurridas, aunque se hicieron estudios de gran interés y se abrían debates sobre temas capitales, como la libertad de comercio.

“Pero la Academia pretendía ser útil no sólo por el trabajo de sus numerarios, sino ejerciendo estímulo en otras personas”. Promovió premios, la llegada de académicos correspondientes, lazos de colaboración con instituciones extranjeras. Un abrupto cambio político, pondría fin a aquella época.

El conferenciante destacó la importancia de los Académicos en la vida política (en 1864, 27 miembros de la Academia ocuparon asiento en las Cámaras parlamentarias) e hizo un amplio recorrido por el quehacer académico a lo largo de la procelosa vida política española de los dos últimos siglos.

“En la Academia he descubierto la importancia de escuchar, que para mí es un acto de apertura y de franqueza para con el otro, es identificar y reconocer a los demás, dejarles entrar en el espacio de mi propio yo”.

